

Año C 33mo domingo tiempo ordinario

MI 3:19-20a; Sal 98; 2 Ts 3:7-12; Lc 21:5-19

La primera lectura y el evangelio nos hablan de la tribulación final que tendrá lugar antes de que llegue la salvación. El pueblo de Israel, en su larga historia, siempre esperó en el Señor, atravesando por muchas pruebas y tribulaciones, y así su fe se fue purificando. La Iglesia, al llegar al final del año litúrgico, nos presenta lecturas que nos exhortan a confiar en Dios y a perseverar.

La primera lectura es del profeta Malaquías, el último de los Profetas, que en el final de su libro nos habla de la venida del Señor a su templo y de la purificación que habrá, a través del fuego. La impureza en Israel podía ser de varios tipos; algunas clases de impureza se podían quitar con agua, otras sólo con fuego (ver las prescripciones en Lv 13-14). Esta “impureza,” “lepra,” moho, etc., era símbolo del pecado. Ya Dios había tratado de purificar la tierra, en tiempos de Noé, con un diluvio, es decir, con agua; esto no había acabado con el pecado. Hacía falta una purificación más profunda, con fuego. De ésta nos habla Malaquías, en el capítulo que se ha llamado el relato o programa vocacional de Juan Bautista. Éste dijo que él bautizaba con agua, pero que vendría uno mayor que él que bautizaría con Espíritu santo y fuego (ver Mt 3 y Lc 3). También Pablo nos habla de una prueba de fuego, 1 Co 3:13-15.

Jesús fue el que trajo este fuego a la tierra, Lc 12:49-50. Él mismo se sometió a la dolorosa “purificación” (ya en la presentación Lucas hablaba de la purificación “de ellos,” es decir, de María y de Jesús, Lc 2:22) por nosotros, cumpliendo las profecías en el Libro de la Sabiduría sobre el sufriente justo que es Hijo de Dios, aquilatado con fuego como el oro precioso: Sb 3:1-12. Pero nosotros debemos participar en esta purificación, morir con Jesús para resucitar con él (Rm 6:5-11), incluso completar con nuestros sufrimientos a lo que falta en el cuerpo de Cristo, Col 1:24. Pablo deseaba estar unido a Cristo de tal modo que deseaba la comunión con sus padecimientos, Flp 3:7-10. Pablo estaba crucificado con Cristo, Ga 2:20.

La lectura del evangelio de Lucas hoy nos presenta un cuadro de grandes persecuciones, guerras, terremotos y otros fenómenos naturales terribles. La Biblia nos habla con estas imágenes que han llegado a ser una realidad bien cercana para muchos de nuestros semejantes. Pero para cada uno de nosotros, hay purificaciones dolorosas que nos limpian de nuestro orgullo y apego a

lo que no es Dios, para poder aferrarnos más perfectamente a Él. Y todos debemos pasar por la muerte, una travesía para la que nos debemos preparar toda la vida. Ambas lecturas nos exhortan a la perseverancia, al “aguante” (una buena traducción de la palabra griega *hypomonē* en Lc 21:19). Malaquías le promete al que teme a Dios que después de la noche terriblemente oscura le saldrá el sol de justicia con sus rayos sanadores. Este “salir del sol” llegaría a indicar la venida del Mesías, llamado el griego Anatolē (Za 3:8; 6:12, en nuestras Biblias se traduce “Germen,” del hebreo). Este es Jesús, llamado justamente Anatolē, la “salida del sol desde el oriente,” en el Benedictus, Lc 1:78.